



Dossier - "PERSEGUIDOS PERO NO ABANDONADOS" - Presentación del tema elegido para la XII Jornada de los Misionero Mártires en Italia

También en el 2003 la Iglesia ve enriquecerse su martirologio. Muchos de nuestros hermanos y hermanas han encontrado una muerte violenta, derramando su propia sangre por el anuncio del evangelio y el testimonio de la caridad cristiana: único signo de esperanza en medio de tantas fatigas y sufrimientos. Han muerto sencillamente por la única razón de ser cristianos. Aquello que a los ojos del mundo parece muerte, persecución y violencia, en Dios no es signo de abandono sino de apoyo y de vida nueva. ¡Precisamente por esto son una parábola para los hombres de hoy!

Son testigos que nos recuerdan los orígenes del cristianismo. Los Hechos de los Apóstoles nos presentan una iglesia perseguida. Son perseguidos Pedro y Pablo; el resto debe huir de la Iglesia madre de Jerusalén y antes o después encontrarán el martirio. Esteban, rico en ardor misionero, es lapidado al inicio de su ministerio de evangelización. El mismo Pablo, apóstol de las gentes y figura dominante de la misión es varias veces procesado y golpeado. "Cinco veces he recibido de los Judíos cuarenta azotes menos uno; tres veces he sido flagelado con varas; una vez he sido apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado en lo profundo del mar. Muchas veces he estado en viajes a pie, en peligros de Ríos, en peligros de asaltantes, en peligros de los de mi Nación, en peligros de los gentiles, en peligros en la ciudad, en peligros en el desierto, en peligros en el mar, en peligros entre falsos hermanos; en trabajo arduo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez" (2 Cor 11,24-27)

También hoy la Iglesia debe vivir y encarnar la imagen del Siervo de Yahvé, el siervo sufriente, descrito sabiamente por el profeta Isaías (cfr. Is 53, 1-3; 42,7). Nacida en el martirio del Gólgota, ver perpetuarse en el tiempo el sacrificio redentor en tantos de sus hijos e hijas en diversas partes del mundo. También los misioneros y misioneras asesinados por el Evangelio, encarnan perfectamente la imagen del siervo sufriente y de Cristo que se da por todos. Familiares con la vida del hombre, viviendo en todas las situaciones límite, se convierten, con su sacrificio en el altar del mundo, en una parábola viviente par el hombre de hoy, promesa de vida nueva, de una salvación y esperanza que Dios ofrece a todo hombre en Jesucristo, acelerándose así el advenimiento de "los cielos nuevos y la tierra nueva, en los que reine la justicia" (2 Pe 3,13).

La misión es solo obra de una Iglesia pobre y perseguida, libre para caminar en compañía de los pequeños y los pobres, y de compartir la suerte de los oprimidos. De hecho, el periodo más extraordinario y más fecundo de la misión coincide también con el momento de mayor sufrimiento y persecución. La muerte de los misioneros mártires, a diferencia de la muerte de los hombres políticos o del espectáculo, normalmente no llama la atención. Pero ellos son como la levadura, el humus de la tierra. No se nota pero fecundan el campo para nuevas siembra. He aquí porque no son abandonados de Dios y tampoco de la comunidad cristiana, de la Iglesia, que ve en ellos la esperanza de un mundo renovado, el signo de que Dios no abandona a la humanidad y de que la tierra solamente en El encontrará paz y serenidad. En ellos la Iglesia reconoce la luz que ilumina la vida y la fe de la historia contemporánea.

"El martirio - escribe Juan pablo II en la carta apostólicas Incarnationis Mysterium - es la prueba más elocuente de la verdad de la fe, que sabe dar un rostro humano incluso a las más violentas de la muertes y manifiesta la belleza en las más atroces persecuciones" (n.13)

He aquí porque en su calendario la Iglesia ha fijado el 24 de marzo como jornada de recuerdo y celebración de sus mártires. En aquel lejano 1980, precisamente en este día, el Obispo de San Salvador, de Colombia, Oscar Romero, fue asesinado mientras celebraba la Santa misa. Recordar a los mártires, celebrar su sacrificio, significa redescubrir la fe en Jesús, único Salvador, alimentar la esperanza en un mundo más justo y más fraterno y vivir la caridad y la solidaridad hacia los más pobres y más débiles.

Don Giuseppe Pellegrini

Asistente del Movimiento Juvenil Misionero de las Obras Misionales Pontificias.
(Agencia Fides 20/3/2004 Líneas: 51 Palabras: 755)